

## Ficción, extinción y supervivencia

*Aves inmóviles*

JULIO PAREDES

Alfaguara, Bogotá, 2019, 176 pp.

NO ES ningún secreto la afinidad del recientemente fallecido Julio Paredes con el género del cuento, y esta, su tercera y última novela, tiene la contundencia, la claridad, la sencillez y el ritmo elegante de sus mejores cuentos. En el ya famoso ensayo “Tesis sobre el cuento”, el escritor Ricardo Piglia formulaba que un buen cuento presenta siempre dos historias que se entrecruzan, se reflejan y se complementan, de modo que lo que en la primera historia es trivial, en la segunda puede ser imprescindible. También decía que en algunos cuentos, los más clásicos, la segunda historia permanece oculta y no se revela sino hasta el final, mientras que en otros la sorpresa es el punto de partida y su efectividad narrativa depende de la exacta tensión con la que se extiende el hilo del relato. Tal es el caso de *Aves inmóviles*, novela ganadora del Premio Nacional de Novela Publicada 2020, del Ministerio de Cultura.

El argumento de *Aves inmóviles* es tan sencillo como son complejos sus corolarios: Ricardo, un taxidermista, es llamado para hacer un trabajo que lo avergüenza y sin el cual tendrá que cerrar su taller, vender su casa y asumir la quiebra. Por otro lado, un accidente menor revela una alarmante anomalía en uno de sus pulmones. Ricardo heredó de su padre el oficio de la taxidermia y para evitar que la tradición familiar se extinga, o mejor, para aplazar esa extinción inevitable, acepta hacer el montaje de un caballo, Saturno, que está vivo pero enfermo y pertenece a un enigmático hacendado. La tarea lo pone en aprietos no solo por la dificultad técnica que implica montar un animal de semejantes dimensiones, sino porque se trata de un animal doméstico, lo que constituye un tabú para cualquiera que se precie de practicar seriamente el ejercicio de la taxidermia: “Siempre había entendido que el espejismo que ofrecía la taxidermia en estos casos, como ahora el de Saturno, se asemejaba a otra forma

de domesticación, una domesticación más allá de las fronteras de la muerte. Tal vez por eso manipular esta ilusión se consideraba el máximo tabú, como había aprendido de mi papá y del abuelo” (p. 36).

A medida que se desenvuelve el argumento, estos asuntos se van entrelazando y correspondiendo. “Se trataba de una inmersión doble, aunque en direcciones opuestas”, dice Ricardo al considerar la sincronía entre el estado de su cuerpo y el del caballo:

[...] según los resultados que arrojará el TAC, la neumóloga entraría en mi pecho para iniciar un tipo de persecución por capas, como en la auscultación de una de las imágenes inventadas por Stubbs y que, según la suerte que me acompañara, afectaría mi manera de funcionar de ahí en adelante. Yo, mientras tanto, empezaría a abrir el caballo para vaciarlo de todo lo que lo mantuvo vivo. (p. 141)

La extinción es el vórtice en torno al cual giran y se sobreponen los asuntos de la novela. No hay nada en el mundo de *Aves inmóviles* que no corra el riesgo de extinguirse y Ricardo es perfectamente consciente de ello:

Este viaje, además, le imprimía una particular coherencia a la cronología que definía la vida cotidiana en los cuatro últimos años: la desaparición de mi hermano, la ida de Inés, los pájaros abandonados a medias en las mesas del taller, la última hipoteca de la casa en manos de los bancos y, como la rúbrica que sellaba la simetría perdida, el reciente y accidental descubrimiento de una mancha en el lóbulo superior de mi pulmón derecho. Una sumatoria de hechos que se presentaba como el resumen de la ley que ahora me regía. (p. 10)

Una sensación de inminente colapso recorre cada página de la novela. En efecto, la vida de Ricardo está repleta de cosas que se acercan a su fin: su oficio, su casa, la memoria de un hermano desaparecido, la cordura de su madre, su vida misma. La subsistencia del personaje depende de actos difíciles, condenados quizás al fracaso, pero necesarios para no sucumbir a la inercia de la desesperanza.

Sin caer en tecnicismos opacos y excesivos, Paredes logra adentrarse en el ejercicio de la taxidermia para presentarnos un retrato crudo y preciso de los mecanismos que sustentan la vida, así como del anhelo humano de simularla para evadir la sentencia del tiempo sobre la materia. Pero un animal disecado no está vivo, no es siquiera un cadáver sino un artefacto inquietante en el que se congregan la muerte y la vida, lo que no es, lo que fue y lo que pudo haber sido. Paradójicamente, muchas veces eso que no está vivo —animal disecado o novela— es capaz, en su verosimilitud, de ocasionar en quien lo observa un inusitado interés en la vida. De ahí que la historia del taxidermista se preste a ser interpretada como una alegoría del oficio de la ficción.

En su deliberación, el jurado del Premio de Novela del Ministerio de Cultura destacó la naturaleza metaficcional de la novela. Los paralelos entre la taxidermia y el ejercicio literario son innegables, pero no son los únicos. El mismo Ricardo no se priva de plantear otras comparaciones, como ocurre en el capítulo en que la visión de una mujer moldeada con bisturí y silicona lo lleva a contrastar la moda de la cirugía estética con el rumbo un tanto errático que ha tomado la taxidermia, aventurando así, y como de paso, una aguda crítica de la sociedad colombiana:

Ninguna otra injerencia en la anatomía ilustraría mejor el truco para falsear la realidad, cuyo propósito, tal vez, era el de interrumpir el paso del tiempo y, a su vez, hacer olvidar todos los otros cuerpos alrededor. Volver invisible a quien estuviera cerca. No estaba muy seguro de si se trataba de la búsqueda de la juventud o de una trampa al verdadero deseo. ¿Cómo acercarse a un cuerpo así? ¿Cuál sería el tipo de añoranza que dejaría una vez desapareciera? Igual, este país se había convertido también en el diorama ideal para esa representación de la belleza. (pp. 97-98)

Quienes estén familiarizados con la obra de Julio Paredes encontrarán en *Aves inmóviles* ecos de asuntos y situaciones presentes en otros de sus libros. Sin duda la intertextualidad juega un

papel importante en la novela y se manifiesta desde un principio en los epígrafes, las curiosas reflexiones sobre el arte de la taxidermia y las frases que Ricardo apunta en un cuaderno.

Apartando el lente de las correspondencias y las alegorías, vale la pena resaltar por último el genuino interés con que el autor se aproxima a un oficio tan singular y complejo como es la taxidermia, que funciona en la frontera difícil de la muerte, sus sombras y el color de la vida.

**Santiago Cepeda**